

penetró en una sala que parecía ser el salon del honor, y era más vasta que las demás ya muy espaciosas.

La amortiguada luz de la lámpara no alcanzaba á alumbrar los ámbitos de aquella y su débil resplandor iba á morir á algunos pasos de Isabel, descompuesto en filamentos amarillos como los rayos de una estrella al pasar á través de la niebla.

Sin embargo por pálido que fuese el reflejo, bastaba para hacer visibles las tinieblas y dar á éstas formas horripilantes y disformes, vagos esbozos que el miedo acababa. En los pliegues de los cortinages se embozaban fantasmas; los brazos de los sillones parecían envolver espectros, y en los oscuros rincones se acurrucaban monstruosas larvas asquerosamente replegadas sobre sí mismas ó suspendidas por uñas de murciélago.

Dominando su miedo, Isabel prosiguió su camino y vió al fondo de la sala un dosel señorial coronado de plumas y cubierto de escudos de armas cuyos cuarteles hubiera sido difícil descifrar, debajo del cual habia un sillón en forma de trono colocado sobre un estrado cubierto con un tapiz, á cuyo sillón se llegaba subiendo tres gradas. Todo aquello apagado, confuso, envuelto en sombras y vislumbrado sólo á través de algun reflejo, tomaba del misterio una grandiosidad bravía y colosal.

Aquel trono bien podia creerse que estaba colocado en tal sitio para presidir un sanhedrin de espectros, y no hubiera sido necesario esforzar mucho la imaginacion para ver en él un ángel de taciturno aspecto sentado entre sus largas alas negras.

Isabel apresuró el paso, y, por ligero que fuese su andar, el crugido de su calzado adquiria á través de aquel silencio una sonoridad terrible.

La cuarta sala era un dormitorio ocupado en parte por una cama enorme cuyas cortinas, de damasco de Indias, rojo oscuro, caian á plomo y la cubrian por completo. En el pasa-

dizo veíase un reclinatorio de ébano surmontado por un crucifijo de plata que reflejaba vagamente la luz de la lámpara que llevaba Isabel.

Aun de día, una cama cerrada tiene algo de inquietante, pues el ánimo vacila sobre lo que puede haber detrás de las caídas cortinas; pero de noche, en una sala abandonada, un lecho en tal disposición hiela la sangre. Puede ocultar una persona dormida, como un cadáver, y también un viviente al acecho.

Isabel creyó oír detrás de las cortinas el ritmo intermitente y profundo de una respiración adormecida; ¿era ilusión ó realidad? La joven no quiso asegurarse de ello levantando los pliegues de la roja tela y haciendo caer sobre la cama el rayo de su lámpara.

Al dormitorio seguía la biblioteca, en cuyos armarios, surmontados por bustos de poetas, de filósofos y de historiadores que miraban á Isabel con sus grandes ojos blancos, multitud de volúmenes en desorden mostraban sus lomos rotulados con cifras ó títulos, cuyo oro cobraba nueva vida al paso de la luz. Allí el edificio volvía en ángulo recto y desembocaba en una galería que ocupaba otra de las fachadas del patio. Era esta la en donde, por orden cronológico, estaban colocados los retratos de familia, rodeados de marcos de enrojecido oro, y frente los cuales había una hilera de ventanas cerradas por postigos en la parte superior de los cuales se abría un agujero oval, disposición que en aquel momento producía un efecto singular. La luna se había levantado, y por el hueco de aquellos agujeros enviaba un rayo que iba á dar en la pared opuesta, sucediendo alguna vez que la azulada mancha de luz iluminaba de lleno la cara de un retrato y se adaptaba á ella como descolorida máscara. A este mágico resplandor, la pintura tomaba una vida alarmante tanto más cuanto el cuerpo, permaneciendo en la sombra, daba á aquellas cabezas de palidez argentada un relieve que parecía hacerlas salir de la tela como para ver pasar á

Isabel. Otras, que por cierto no eran las efigies ménos siniestras de la colección, y á las que sólo alcanzaba el reflejo de la lámpara, á pesar de conservar debajo del amarillo barniz su actitud solemnemente muerta, parecía que á través de sus negras pupilas el alma de los antepasados viniese á mirar el mundo.

El cruzar aquella galería llena de fantásticas figuras fué para Isabel una acción tan arrojada, como para un soldado marchar al paso delante de un fuego de peloton.

Frio sudor de angustia empapaba el cutis de la joven, quien en su sobresalto creyó que aquellos fantasmas con corazas y jubones adornados con órdenes de caballería, y aquellas damas con altas lechuguillas y guardainfantes desmesurados, salían de sus marcos y la seguían en fúnebre procesion, y aun creyó oír sus pasos de sombras rozar imperceptiblemente el suelo con sus talones.

Por fin Isabel llegó al extremo de aquel largo corredor y encontró una puerta vidriera que daba en el patio; abrióla no sin lastimarse los dedos al dar vuelta á la mohosa llave que á duras penas giró en la cerradura, y después de esconder la lámpara en sitio que le permitiese encontrarla pronto al volverse, salió de la galería, mansión de terrores y de ilusiones nocturnas.

Al ver el cielo libre en el que algunas estrellas, cuyo fulgor no alcanzaba á apagar la luna, brillaban con centelleo argentado, Isabel experimentó una alegría deliciosa y profunda como si volviese de la muerte á la vida; parecía que entonces Dios la veía desde el firmamento, mientras que hubiera podido olvidarla cuando se hallaba perdida en medio de aquellas intensas tinieblas, bajo aquellos opacos techos, á través de aquel dédalo de salas y de corredores. Aun cuando su situación no hubiese mejorado, había aligerado de un peso enorme su pecho. Continuó pues sus exploraciones, pero el patio estaba cerrado por todas partes como el recinto de una fortaleza, á excepción de una poterna ó arcada de ladrillo que

daba probablemente al foso, pues Isabel, al inclinarse con precaucion hácia fuera, sintió el frescor húmedo del agua de abajo subirle hasta el rostro como una bocanada de aire, y oyó el débil murmurio de una pequeña onda al romperse al pié de la torre. Probablemente por aquella poterna era por donde se aprovisionaban las cocinas del castillo; mas para llegar allí ó para alejarse, se necesitaba una barquichuela colocada, sin duda, al pié de la muralla, en algun canalizo oculto á las miradas de Isabel.

Como de los demás, la evasion era imposible de aquel lado. Así se explicaba la libertad relativa en que se dejara á la prisionera; le habian dejado abierta la jaula como á esos pájaros exóticos que se trasportan abordo de los barcos y que se sabe que están obligados á volver á posarse sobre los mástiles despues de una corta excursion, pues la costa más cercana está aun tan distante que antes de llegar á ella se habrian gastado las alas. El foso que rodeaba el castillo hacia las veces del Océano al redor del barco.

A través de los postigos de la ventana de una sala baja situada en un rincon del patio envuelto en sombras, y del que en medio del silencio de la noche partia confuso rumor, filtraba un rojizo rayo de luz, hácia el cual se dirigió la jóven, movida de una curiosidad fácil de concebir, y una vez cerca de la ventana, aplicó sus ojos á la rendija de un postigo ménos herméticamente cerrado que los demás, pudiendo de esta manera ver cómodamente lo que pasaba en el interior de la sala.

Al redor de una mesa alumbrada por una lámpara de tres brazos, suspendida al techo por una cadena de cobre, hacian un gaudeamus algunos bribones de truculenta facha, entre los cuales Isabel, aunque no los hubiese visto sino enmascarados, reconoció sin trabajo á los que habian llevado á cabo su rapto. Eran el Chispo, Bocatorcida, el Raspado y el Feo, cuyo físico estaba en consonancia con sus encantadores nombres.

La luz, viniendo de lo alto, hacia relucir sus frentes, envolvía sus ojos en la sombra, dibujaba la arista de su nariz y se detenía en sus revueltos mostachos, lo que daba mayor salvajez á aquellas cabezas que por cierto no necesitaban de tales efectos de luz para parecer espantosas.

Un poco más léjos, al extremo de la mesa, estaba sentado, como bandido provinciano que no podia alternar con matachines de Paris, Agustin, desembarazado de la peluca y de la barba postiza que le habian servido para representar el papel de ciego.

El sitio de honor lo ocupaba Malartic, elegido por unanimidad rey del festin. Su rostro estaba más pálido que de costumbre y más encarnada su nariz; fenómeno cuya explicacion podia hallarse en el número de botellas vacías alineadas en el aparador como cuerpos retirados del campo de batalla, y por el número de botellas llenas que el sumiller colocaba delante de él con presteza infatigable.

De la conversacion confusa de los bebedores Isabel no pudo coger al vuelo más que algunas palabras cuyo sentido le escapaba las más de las veces, pues eran vocablos de garito, de taberna y de sala de armas, ó asquerosos términos de jergonza tomados del diccionario de la corte de los Milagros, donde se hablan las lenguas de Egipto y de Bohemia.

Ningun indicio sobre la suerte que le estaba reservada pudo recoger la jóven, y ya, transida de frio, iba á retirarse, cuando Malartic dió sobre la mesa, para obtener silencio, un formidable puñetazo que hizo tambalear las botellas cual si estuviesen borrachas, y trincar unos contra otros los vasos con ruido cristalino dando en música *ut, mi, sol, si*.

Los bebedores, por más que estuviesen embrutecidos, saltaron medio pié en el aire sobre el banco, y todas las carantamaulas se volvieron instantáneamente hácia Malartic.

Aprovechando aquella tregua en la batahola de la orgía, Malartic se levantó y dijo, levantando su vaso del que hizo brillar el vino á través de la luz como el engarce de una sortija:

—Amigos, escuchad la canción que he compuesto, pues pulso la lira con igual destreza que esgrimo la espada, una canción báquica digna de un borracho consumado. Los pees, que beben agua, son mudos; si bebiesen vino, cantarían. Mostremos pues por medio de melodiosos tragos que somos humanos.

—¡La canción! ¡la canción!—dijeron á grito herido el Feo, el Rasgado, Bocatorcida y el Chispo incapaces de seguir aquella dialéctica sutil.

Malartic escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, y tomando la actitud de un cantor llamado á la real cámara, cantó las siguientes coplas:

A Baco, borracho insigne,
Elevemos nuestra voz,
Y en coró cantemos todos
Las glorias del bebedor.
Viva el jugo de la viña,
Viva este rubí en licor
Que mana de los racimos
Del pié bajo la presión.
Sacerdotes de la parra,
Del vino impreso el color
En nuestras caras llevamos
Que rojas brillan al sol.
Los afeites de colodra
Ricas primaveras son

Que tienen eternamente
Nuestras narices en flor.
Caiga la infamia, el desprecio,
La ignominia y el baldon
Sobre aquel que de agua clara
Es imbécil bebedor.
Delanté de las colodras
Que se ponga en devoción
O en inmunda rana al punto
Lo convierta nuestro dios
Para que en negro pantano
Hundido sin ver el sol,
Eternamente chapuze
Cantando con ronca voz.

La canción fué acogida con gritos de alegría, y Bocatorcida, que se las echaba de poeta, no vaciló en proclamar á Malartic émulo de Saint-Amand, lo que probaba cuánto la borrachera había trastornado el juicio del bergante. Convínose unánimemente en beber un trago en honor del coplero, y cuando se hubieron vaciado los vasos, todos los volvieron del revés, para demostrar que habían apurado hasta la última gota. Este golpe remató á los más débiles de la banda; el Rasgado cayó debajo de la mesa, donde sirvió de colchon al Feo. El Chispo y Bocatorcida, más robustos, sólo dejaron caer hácia delante sus cabezas y se durmieron sobre la almohada de sus

brazos. Respecto de Malartic, se mantenía firme en su silla con el vaso en la mano, los ojos desmesuradamente abiertos y la nariz iluminada de un rojo tan subido que parecía despedir chispas como un hierro sacado de la fragua, y repetía maquinalmente con la estupidez solemne de la borrachera reprimida, sin que nadie hiciese coro:

A Baco, borracho insigne,
Elevemos nuestra voz!

Disgustada de tan asqueroso espectáculo, Isabel se apartó de la ventana y prosiguió sus investigaciones, que la llevaron pronto debajo de la bóveda donde colgaban con su contrapeso las cadenas del puente levadizo levantado hácia el castillo. No había esperanza alguna de poner en movimiento aquella pesada máquina, y como era indispensable bajar el puente para salir por no tener otro punto de salida la plaza, la cautiva debió renunciar á todo proyecto de evasión.

Fuése despues la jóven á buscar la lámpara donde la había dejado en la galería de los retratos, que, como sabía ya el objeto de su espanto, y sabido es que el miedo es hijo de lo desconocido, recorrió entonces con ménos terror.

Isabel atravesó rápidamente la biblioteca, el salón de honor y las demás piezas que había explorado con precaución ansiosa. Las armaduras que tanto espanto le habían causado le parecieron casi risibles, y con paso resuelto subió la escalera que poco antes había descendido reteniendo su aliento y de puntillas, de miedo de despertar el menor eco adormecido en la sonora caja.

¡Pero cuál no fué su espanto cuando desde el umbral de su aposento percibió una figura extraña sentada en un sillón, al lado de la chimenea! Aquel no era un fantasma, pues la luz de las bujías y el reflejo de la llama del hogar la iluminaban de una manera asaz limpia para que pudiera dar lugar á duda; era un cuerpo en carne y hueso, delgado y delicado, es cierto, pero en plena vida conforme lo atestiguan dos grandes ojos negros, no de mirada atónita como